

Amor Brillante

Año 1010- Después del destierro de Nightmare

Un despertar más, una nueva punzada en su pecho. Aún en la somnolencia algo dentro de ella le decía que quizás esté allí, a su lado, durmiendo plácidamente, esperando ser despertado por su dulce beso. En aquellas tierras mágicas día a día ocurrían grandes milagros. La luz triunfante se enarbolaba como bandera y la esperanza y paz como estandartes de dos reinos hermanos e incomparables que formaban un solo pueblo... un pueblo por el que ese guerrero dio su vida.

A veces soñaba con ese fatídico día en el que recibió la noticia de que aquel soldado, ese príncipe, combatió hasta su último aliento llevando en su mente sus tierras, sus hermanos de escudo, su nación, su pueblo... pero ella sabía que en su corazón solo tenía a dos personas, su esposa y su hija.

Ella lo sabía, y solo hacía que le doliera más. Una suplicante debilidad poseía sus miembros, mientras una culposa y melancólica felicidad llenaban la mitad de su pecho al pensar que él las amaba más que todo aquello y que, seguramente, los únicos nombres que suspiró fueron los de ellas durante sus últimos momentos de vida ante aquella bestia de inimaginable poder.

Pero una inocente esperanza llenaba la otra mitad de su pecho pues, quizás, solo quizás, él estaría allí a su lado, durmiendo, terminando todo aquello en solo una horrible pesadilla. No lo sabía, pues aún no se decidía en abrir los ojos.

Recuerda aun ese día. No llovía, no tronaba, las nubes de tormenta se mantenían alejadas del imperio de cristal, pues la apacibilidad y el amor insondable que gobernaba en ese reino las ahuyentaba. Un día esperanzador y cálido que se burlaba con su belleza de la penetrante realidad de aquello que tantas veces punzó en el pecho de aquella princesa durante el despertar.

Ella se encontraba en su trono, mientras su hija, aún una pequeña infante, jugaba con la barba de su mentor. Mantenía un semblante plácido y tranquilizador, como cada momento en el que se mantuvo sentada en aquel asiento frío y sobrevalorado con joyas y metales preciosos, mientras esperaba que su amado príncipe regresará a su lado al culminar la expedición por los picos nevados del norte.

Las puertas se abren y ella observa al soldado con rostro férreo pero con espíritu quebrantado. Él no dice nada, no pronuncia palabra alguna. Estas no eran dignas de representar la terrible deshonra para él, y peor aún, el profundo vacío que había dejado su príncipe para con su princesa.

No hay palabras, nada de lágrimas, solo un rostro férreo y quebradizo que se acercaba con caminata apesadumbrada mientras se vislumbraba con brillante pureza y envuelta en vendajes la hoja torcida y mellada de una espada de la que resaltaba su mango tosco y viejo que solo permitía vislumbrar una fracción de la antigüedad de aquella reliquia familiar. Ella conocía esa arma, conocía cada pequeña raja y fisura de ese mango viejo y usado, pero confiable y eficaz.

No se mueve de su trono, su semblante cambia de placidez a fría solemnidad, el guardia llega hasta ella, pero sigue sin decir ninguna palabra, le entrega la espada a su princesa. No hace una sola pregunta, no era el momento, pues no se necesitaba más que explicar, lo único que importaba era que su amado ya no era.

Ella le pide al guardia que se retire. Este, sin dudar ni tambalear, sale por la misma puerta que por la que entró. Unos días después su cuerpo se encontró colgado del cuello en las barracas, pues no soportó la deshonra de fallarle a su príncipe. Él estaba justo al lado de él ante aquella bestia, y fue el primero en correr.

Ella no sabía porque recordaba aquello, solo le sumaba aún mayor culpa a su conciencia, pues no sintió nada cuando supo de la muerte de aquel guardia. No sintió pesar, no sintió compasión ni siquiera por la familia de aquel guerrero, solo una fría indiferencia.

Pero quizás él la perdonaría, su amado, el que salvó su preciado pueblo liberando toda la magia que el hermano de la princesa de la magia podría contener. No fue poco, pues en aquel arrebato de heroísmo y sacrificio no solo se desprendió de todas sus fuerzas, sino de su alma misma aceptando sumirse en la fría y oscura soledad del abismo durante la misma eternidad, todo, con tal de que sus amadas vivieran.

La magia, no de un simple príncipe, el poder, no de un simple soldado. Aquella majestuosa llama que consumió aquel inconmensurable ser junto al que la inició fue la mismísima voluntad de un auténtico guerrero, su guerrero, que, para su profundo pesar... ya no era más.

No desea abrir los ojos y teme acercar su extremidad al lugar que él ocupaba en su cama algún tiempo atrás, pues aquello, en lo más profundo de su corazón, sabía que no era una pesadilla, sino la horribles realidad.

Aquel ritual lo hacía cada mañana, el no abrir los ojos, fantasear con soñar con el solo un tiempo más y luego aceptar su ida. Era egoísta, pues su pueblo, cientos de miles de seres vivos con amores y pesares requerían de su guía, pero cada mañana insistía en dormir solo un poco más para aplazar el dolor.

Pues aquellos no sabían la terrible verdad, incluso una que ignoraba aún su joven hija, pues aquella princesa podía ver en los ojos grandes y tiernos de aquella infante que apenas y sabía el paradero de su padre, pues su joven mente aún no comprendía la naturaleza de la muerte.

Todos dormirían para nunca más despertar, todos se unirían en el vacío con sus compañeros. Cada uno de ellos volvería a sentir el abrazo de sus amantes y aquel temible lugar de sombras y desesperación que era la muerte se convertiría en una afable y cálida siesta mientras ambos amantes se abrazaban durante la eternidad. Pero no para ella y su príncipe. Él, se mantendría en la soledad, y ella, con el profundo dolor en su pecho, hasta que el tiempo ya no fuera más. Ambos lo sabían, pero era su anhelo aplazarlo tanto como fuera posible, hasta que sin esperarlo el destino decidió llevárselo a él sin previo aviso.

Se lo repitió mil y un veces, pues solo hallaba consolación en el pesar y la culpa. Sus mantas se impregnan de lágrimas... Las cuales se detienen al escuchar las dulces palabras de su príncipe. Creía soñar o fantasear, pero era tan real, tan tranquilizador, incluso juraría sentir como le limpiaba sus mejillas y le acariciaba el rostro, para luego darle un dulce y pequeño beso en sus labios. Le dice que la ama, y que siempre estará a su lado.

Ella intenta decirle algo, pero abre los ojos y despierta de su letargo nocturno al sentir como los cálidos rayos del sol alcanzaban su rostro a través del empañado cristal de su ventana. Ella solo sonríe levemente, mientras, aún con la cabeza recostada sobre la almohada, observa a la esquina de la habitación la brillante y mellada espada de su príncipe resguardada en una vitrina.